

CONQUISTA[®]

noviembre/diciembre 1988

CRISTIANA

**CAPACITANDO
PARA LA ACCION!**



El costo de Pentecostés

La superación de la derrota

Entrevista: Ern Baxter • Charles Simpson • Ken Sumrall • Hugo Zelaya



Capacitando
para la acción



a ser cristiana. Pentecostés significa "quincuagésima" y se llama así porque cincuenta días después de que Israel saliera de Egipto, Moisés recibió la ley en el monte Sinaí. La montaña entera parecía arder y temblaba bajo la presencia de Dios. Dios dio la ley en tablas de piedra e hizo un pacto con Israel. Más adelante, Pentecostés fue asociado con la primera cosecha de la primavera. La fiesta de los tabernáculos era una celebración de la última cosecha del otoño. En un sentido muy real, el calendario de Israel ha sido un pronóstico de la historia de la Iglesia que comenzó con el Cordero en el Calvario. Luego vino Pentecostés, la cosecha de los primeros frutos. Pero el Pentecostés cristiano no es el fin, sino que apunta a la última gran cosecha, cuando Cristo recogerá a los redimidos de toda nación y tribu.

Pentecostés no sólo mira atrás para celebrar la salvación, también ve adelante para celebrar la gran cosecha que ha de ser revelada. Así como Cristo en la cruz cumplió el simbolismo del cordero de Israel y la venida del Espíritu Santo el de la experiencia de Israel en el Sinaí, de la misma manera Cristo y la Iglesia realizarán el simbolismo de la última gran cosecha.

El significado del Nuevo Pacto

Si bien el Pentecostés israelita en el Sinaí fue verdaderamente un acontecimiento imponente, le debe su existencia a otro acontecimiento anterior: el derramamiento de la sangre del cordero, que untaron en los postes de las puertas de sus casas en Egipto. Israel nunca hubiera conocido el Espíritu y la Ley si no hubiera sido redimido por un pacto de sangre. Por su fidelidad al pacto, Dios los sacó

El costo de Pentecostés

Cómo pasa la verdad de la cabeza al corazón
por Charles Simpson

Las celebraciones son oportunidades para dar gracias, y los cristianos tenemos mucho que celebrar. Pentecostés es una de estas ocasiones. Cincuenta días después de la crucifixión de Cristo, el Cordero de Dios, el Espíritu Santo fue derramado

sobre ciento veinte creyentes que lo esperaban orando. Lo recibieron hablando en otras lenguas y glorificado a Dios. En ese día, tres mil personas se añadieron a la Iglesia de Jesucristo como una primicia.

Pentecostés fue una celebración judía antes de llegar

de Egipto a la medianoche, por el mar Rojo y por el desierto, con agua y comida, y los llevó al monte Sinaí.

De la misma manera, el Pentecostés cristiano, o cualquier cosecha espiritual, debe su existencia al nuevo pacto. El derramamiento de la sangre de Jesús y nuestra confesión de fe en él es lo que nos califica para salir de la esclavitud del pecado, por el bautismo, y entrar en un lugar de provisión donde podemos experimentar el tremendo poder de Dios que escribe sus leyes en nuestros corazones.

El capítulo veintidós de Lucas narra la ocasión en que Jesús reunió a sus discípulos para celebrar la cena de la Pascua, simultáneamente con todo Israel. Sin embargo, Jesús estaba a punto de inaugurar un nuevo pacto, y él mismo era el cordero. Esa noche dio su palabra en prenda de su sangre que él liberaría a sus discípulos y los llevaría a la promesa de Dios.

Era el comienzo de su obra redentora que poco después llevaría a la Iglesia a Pentecostés y finalmente la llevará a los Tabernáculos, la última gran cosecha. El pacto no es un fin en sí mismo; es un medio para alcanzar un fin. Es la garantía de Dios de llevarnos a través del conflicto hasta su propósito eterno. ¡Qué poca cuenta nos damos de cuánto vamos a necesitar el pacto en nuestra jornada del aposento alto, del nuevo pacto al aposento alto de Pentecostés! Este fue el caso de los discípulos y es el nuestro también.

¿Por qué hacer un pacto?

El nuevo pacto en su sangre que Cristo hizo con sus discípulos no fue un reconocimiento al mérito.

Ciertamente, esa no fue una noche de avivamiento o un momento cumbre de renovación espiritual. No. Fue la víspera de la hora más oscura de la tierra.

El "movimiento de Jesús" tenía problemas: había ambición entre los discípulos, ingenuidad con respecto al futuro y a la cruz, impotencia espiritual, traición y desilusión. Los últimos meses del ministerio de Jesús se caracterizaron por conspiraciones contra su vida, declinación numérica de sus seguidores, reprensiones frecuentes a sus discípulos y discusiones con ellos. Por su parte, Jesús dio algunas profecías perturbadoras: que todos los discípulos se escandalizarían de él y lo negarían, y que uno de ellos lo traicionaría; que él sería crucificado, que ellos serían perseguidos, y que él se iría. Palabras poco confortadoras que los discípulos rechazaron.

Además de las complicaciones internas entre los discípulos y las profecías de Jesús, ¡el *enemigo* estaba activo! Roma y los líderes judíos se oponían a Jesús, y Satanás trabajaba febrilmente para destruir el plan redentivo de Dios. Probó a cada uno de los discípulos y entró en uno de ellos. Este era el ambiente en el que Jesús hizo su pacto. La única estabilidad que se podía tener era la garantía de Dios, sellada con su sangre, que él los haría pasar el conflicto hasta llevarlos a la cosecha que estaba adelante, cincuenta días más tarde. Después de su muerte, resurrección y ascenso, Jesús oraría por ellos para que llegaran a Pentecostés.

El significado del conflicto

Jesús había intentado preparar a sus discípulos para lo que venía (vea Mateo 16.21-25 y

26.31-35), pero ellos no estaban listos para escuchar. Su concepto del *Mesías* y del *Reino* oscilaba entre lo carnal y el engaño. Veían a Jesús en términos de su propia ventaja, ministerio y realización; como



muchos de nosotros. La crucifixión no era parte de su perspectiva.

Los discípulos debieron haber esperado hasta el último momento que sucediera alguna liberación dramática que les permitiera el ascenso inmediato a sus doce tronos y una vida premiada al "ciento por uno". Pero lo que recibieron fue un bautismo de fuego. Jesús decía y hacía cosas "inoportunas"; cosas que causaban agitación, como predecir la destrucción del templo, desafiar a los gobernantes judíos y echar fuera a los mercaderes del templo.

Los discípulos tampoco

acertaban en lo que hacían: debatían sobre quién era el más grande, rehusaban lavarse los pies, se dormían cuando Jesús oraba, recurrían a la violencia, huían, negaban y se dispersaban. Mientras contemplaban la crucifixión y medían la ruina de su propio fracaso, el último vestigio de su confianza carnal era destruido. Alguien dijo una vez que es muy difícil bajarse con gracia de un "caballo grande". El terrible conflicto de la crucifixión los despojó de la clase de actitudes y perspectivas que les impedían llegar unánimes a la cosecha. Y los redujo a una posición en la que el Espíritu Santo podía hablarles.

El "movimiento de Jesús" parecía fenecido. El tesorero se había suicidado. El pastor había sido maldecido y crucificado. El portavoz más entusiasta negó tres veces que conocía a su pastor y la tercera vez ¡maldijo y juró! Todos estaban sumidos en la duda, la desilusión y la desesperanza. Ahora el asunto en cuestión es si sobre viviría lo que Dios les había enseñado.

Fracaso total

Después de tres días, Jesús resucitó. Era el evento más grande de la historia, acompañado por pruebas irrefutables. Si bien los discípulos se sintieron confortados, la resurrección no hacía en ellos lo que Cristo esperaba. Tomás rechazó el testimonio de primera mano de la resurrección de Cristo; y aunque unos habían visto a Jesús, Pedro se fue a pescar y los otros lo siguieron. *Aún* después

de la resurrección, los discípulos no se habían recobrado.

A menudo, un sentimiento de fracaso personal nos revierte a nuestra vocación o actividad anterior. Pescar era su manera de habérselas con la situación.

A menudo, un sentimiento de fracaso personal nos revierte a nuestra vocación o actividad anterior.

Pero ya no podían hacer ni eso. Intentaron toda la noche y no pescaron nada. En la madrugada, como a cien metros en la playa, apareció una silueta. Un hombre estaba parado junto a un pequeño fuego. "¿Han pescado algo?" Les preguntó.

"No," respondieron ellos.
"Echen la red al lado derecho," dijo él.

Pocos días antes, Jesucristo mismo no los pudo instruir sobre asuntos espirituales, de los que sabían muy poco. Le discutieron cuanto intentó prepararlos para la hora oscura. Ahora, un completo extraño en la oscuridad dice a estos pescadores de toda la vida cómo deben hacerlo. Habían llegado

muy lejos por un camino que descendía de "tronos" y "grandeza" a una actitud "enseñable".

La red se puso muy tensa y pesada. "¡Es el Señor!" Dijo Juan. Pedro se echó al agua y nadó hasta la playa. Los otros discípulos vinieron después.

Amanecía y la luz del sol caía sobre Jesús. Había venido a ellos en la oscuridad como les dijo que lo haría. Y mientras ellos estaban en la faena, él les había preparado algo. Después que hubieron comido, Jesús miró a Pedro y le preguntó: "¿Me amas?" Tres veces; una por cada negación. Pedro y los otros estaban parados solemnemente ante la mirada penetrante pero amorosa de Jesús.

Pedro le respondió: "Señor, tú lo sabes todo, y sabes que te quiero." De ahí en adelante, Jesús pasó cuarenta días con sus amigos enseñándoles el reino de Dios. El pacto, el pacto de Dios, se había mantenido. Los lazos no se habían roto.

No se turbe vuestro corazón

Mientras estudiaba los últimos días del ministerio de Jesús y sus advertencias a los discípulos, vi algo nuevo en Juan 13.38:

Jesús le respondió: ¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces.

Pero en Juan 14.1 sigue diciendo: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí." Juan 14.1 es una continuación de su conversación

con sus aprensivos discípulos. Jesús les dice que hay lugar en la casa de su Padre para ellos, que él regresará por ellos; hasta por los que fracasarían. ¡Qué amor!

Si hemos de ver la cosecha prometida, y si lo haremos, será cuando el fracaso nos haya despojado de nuestra arrogancia y cuando nuestro ministerio esté firmemente arraigado en el conocimiento de su amor de pacto. Esta es la realidad que nos facultará para amarnos unos a otros a pesar del fracaso.

El significado de la unanimidad

Los discípulos aprendieron, después de la resurrección, lo que Dios quería que hicieran. Su manera vieja de ver las cosas era carnal, pero la crucifixión cambió en ellos su perspectiva. Ahora eran más flexibles, más espirituales, menos egoístas y más centrados en Cristo. El reino de Dios les había entrado mediante el proceso discipulador del Señor, a pesar de los fracasos de ellos. Habían llegado a depender de Jesús de una manera nueva. La fuerza del Señor se perfeccionaría en la debilidad de ellos.

Jesús los dejaría nuevamente. Esta vez les enviaría al Espíritu Santo a quien no podían ver, pero los guiaría y enseñaría. Después de la ascensión, los discípulos se reunieron otra vez en el aposento alto donde Jesús había hecho pacto con ellos. Oraron juntos, eligieron a uno que ocupara el lugar de Judas, se ordenaron y se reunieron por varios días. Hechos 1.14 y 2.1 dicen que estaban unánimes: de una mente y actitud. La verdad

del amor de pacto de Dios había pasado de sus cabezas a sus corazones. Jesús había dicho: "Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo [en armonía] en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por

**Veremos
la cosecha prometida...
cuando el fracaso
nos haya despojado
de nuestra arrogancia
y nuestro ministerio
esté firmemente
arraigado
en el conocimiento
de su amor de pacto.**

mi Padre que está en los cielos" (Mat. 18.19).

Mientras oraban, el reloj y el calendario de Dios decían: "Es tiempo para otro Pentecostés, para cosechar los primeros frutos y para la constitución de la Iglesia." El Espíritu descendió sobre ellos como un torrente de poder, como un torbellino y como fuego. Fueron bautizados en la fuerza del poder de Dios y se intoxicaron con gran alegría y revelación. Una multitud se acercó; el mensaje fue predicado; tres mil respondieron y fueron bautizados. ¡Repentinamente, la ciudad entera ardía con el Evangelio!

Los grandes acontecimientos

generalmente demandan grandes costos. Y así es Pentecostés. Costó la sangre de Cristo quien hizo pacto para hacernos pasar la hora de la oscuridad, con sus oraciones. Costó el horrible conflicto que enterró la aspiración carnal y la pretensión a la auto realización. Y costó la oración y el esfuerzo necesario para llegar a la unanimidad que desató el poder de Dios.

Hace veinticuatro años, Ken Sumrall, un querido amigo, tuvo su propio Pentecostés. Lo compartió conmigo y yo también recibí la "promesa del Padre". Una noche, mientras adorábamos y cantábamos en el Espíritu, ambos recibimos simultáneamente una melodía espiritual que cantamos juntos. El poder de esa unidad espiritual nos dio grandes victorias en nuestros ministerios.

Cuando Ella Fitzgerald cantó en el comercial de Memorex, el tono perfecto de su voz rompió un copa de cristal. Hasta la materia se deshace al impacto de la armonía de las ondas sonoras. La creación espera que la Iglesia sea unánime y Dios también. Pentecostés vendrá otra vez y también la última gran cosecha; cuando paguemos el precio. O



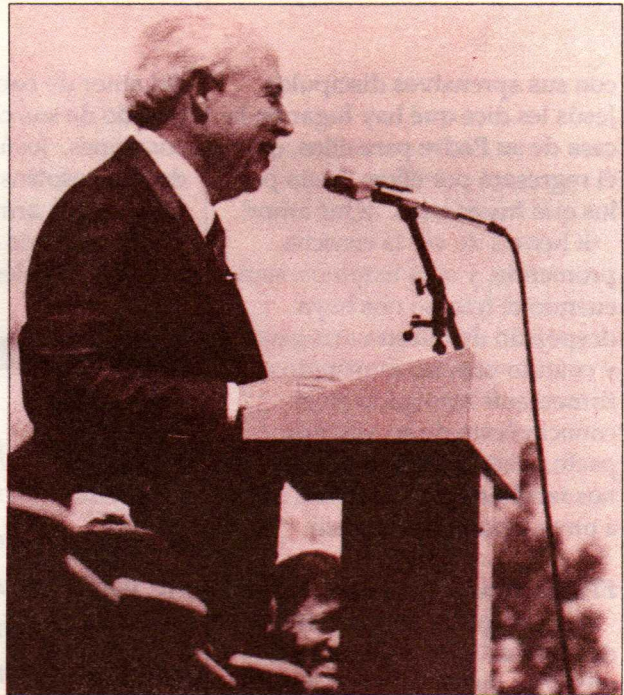
Charles Simpson es editor de Christian Conquest. Tiene un ministerio extenso en los Estados Unidos y en otros países.



“Señor, ¡Manda un avivamiento!”

Un reconocimiento de la necesidad
del poder del Espíritu Santo

Por Ken Sumrall



En julio de 1961, tres meses antes de graduarme del seminario, recibí un llamado para pastorear una iglesia bautista en Pensacola, Florida. La invitación era un reto imponente para mí. Hasta la fecha sólo había pastoreado iglesias pequeñas y medianas. Ahora tenía la oportunidad de ir a una ciudad grande.

Aunque acepté la formidable tarea, el temor y la inseguridad me asediaban.

Por las conversaciones en los corrillos, me di cuenta que muchos de los jóvenes de la iglesia iban a un baile los domingos por la noche, después del servicio. Los rumores reportaban que el presidente de la junta de diáconos era en realidad quien patrocinaba el baile. La noticia me causó estupefacción.

El “twist” era el baile popular del momento. Me decían que los jóvenes de mi iglesia eran los aficionados más grandes del “twist” en la ciudad.

De mala gana cité al diácono a mi oficina. Reynaldo era un oficial naval pensionado, muy cortés, y un hombre muy importante para la iglesia, pero yo sabía que no podía permitir que la situación continuara, si todos los rumores eran ciertos.

“Rey, he oído reportes que has estado patrocinando un baile para los jóvenes de la iglesia, los domingos por la noche,” dije. “No me parece apropiada esa clase de actividad; especialmente después del culto. Sin tomar en cuenta que eres el presidente de los diáconos. Eso da la apariencia de que la iglesia está aprobando todo el asunto.”

“Hizo un movimiento visible de disgusto y preguntó: “¿Qué estás sugiriendo entonces?”

“Bueno, en cuanto a mi concierne, los bailes tienen que parar. Ya no los puedes tener.”

“Bueno, si así te sientes, tenemos que cumplir,” concluyó Rey.

“Pero creo que vamos a tener bastantes reacciones a la situación.”

Y estaba en lo cierto. El siguiente domingo por la mañana, casi no podía ver a la congregación por la niebla en la sala. Una bruma de confusión y enojo pendía sobre la iglesia. Los jóvenes estaban furiosos conmigo y los padres indispuestos.

No sabía qué otra cosa hacer más que presentar el mensaje, como siempre lo había hecho, en forma clara y sencilla. Pensaba que estaba muy mal y así lo dije.

Acto seguido, la gente comenzó a irse. En pocas

semanas, más de cien personas se fueron para otras iglesias. En ocasiones me preguntaba si había venido para ser el capitán de un barco que se hundía.

Reuniones de confesión

Entonces, el Dr. Gene Williams, un hombre profundamente sensitivo al Señor y un veterano evangelista bautista, vino para una cruzada de avivamiento, en junio de 1962.

Acompañado por el canto inspirado de Jerry Bernard, el Dr. Williams condujo una campaña de avivamiento como nunca antes había visto. El las llamó "reuniones de confesión".

La primera noche, en lugar de predicar un ferviente mensaje evangelístico, típico de la mayoría de las campañas bautistas, el Dr. Williams anunció: "Creo que Dios no quiere que yo predique esta noche. Creo que él quiere que confesemos algunas cosas."

Con esta breve introducción, confesó algunos pecados menores que sentía haber cometido. "Ya está. Me siento mejor ahora que saqué todo eso de mi pecho," dijo espontáneamente. "Saben, el pecado agobia el corazón. Por eso muchos de nosotros tenemos problemas que nos asedian. La confesión es realmente buena para el alma... por lo menos así dice la Biblia."

La gente se sentaba silenciosa, sin comprender totalmente hacia dónde los quería llevar el Dr. Williams.

"Siento que hay muchas personas en la congregación que tienen problemas como yo; cosas que los agobian. ¿Quién más quiere sacar algo de su pecho esta noche?" Su mirada vagó sobre la congregación con una leve sonrisa en su cara robusta.

Ciertamente no era la manera bautista de empezar una campaña de avivamiento. Nadie dijo una palabra, quizás durante cinco o diez minutos. Yo nunca había visto a la iglesia tan quieta y tan callada. Era extraordinario. Finalmente, una encorvada ancianita, sentada al fondo, se puso de pie confesando un problema que tenía con un pariente.

Entonces, lenta pero resueltamente, la resistencia comenzó a ceder. La gente se animó con la idea y comenzó a confesar sus faltas uno al otro.

Cuando la inusitada campaña llegó a su quinta noche, el Dr. Williams había descubierto una veta

con sus confesiones. La gente comenzó a confesar lo que habían intentado hacerme. Esta era, claramente, su meta en primer lugar.

"He estado tratando de herir al pastor," confesó una mujer, llorando.

Otra mujer de contextura gruesa y canosa dijo: "He hablado contra el hermano Sumrall."

"He estado diciendo mentiras del pastor a espaldas tuyas," confesó un hombre alto y delgado, en una voz aguda.

El frente de la iglesia se llenó de gente llorando, arrepintiéndose y liberándose de sus pecados. El Dr. Williams y sus reuniones de confesión habían traído un avivamiento a nuestra iglesia bautista.

La necesidad de compromiso

La asistencia subió casi inmediatamente. En los inicios de 1963, la gente ya no cabía, lo que llevó a la iglesia a construir un santuario con capacidad para 975 personas y se planeó un balcón para acomodar a 225 más.

Buscaba continuamente a otros líderes y pastores bautistas, con ideas probadas de cómo pastorear a una iglesia en constante crecimiento. Obtuve suficientes consejos. Parecía que cada cual tenía una táctica especial para obtener los resultados necesarios.

Sammy Vaugh era pastor de una iglesia bautista grande en Laurel, Mississippi. Según las estadísticas publicadas, en 1961 había tenido más "bautismos" que todas las iglesias en todo el estado; una marca segura de éxito entre los bautistas. En una ocasión en que estaba de visita en mi pueblo natal, lo busqué para hablar con él. Sammy era un hombre de personalidad agradable, de fácil palabra, contextura recia, pelo liso castaño y lleno de gran energía, el compendio de un efectivo pastor bautista.

"Sólo quería saber si la situación que ocurre aquí es como la mía," comencé, pensando en lo que pasaba en Pensacola.

"Y ¿cómo es?" preguntó.

"Bueno, es un canje de gente," admití con franqueza. "Hay muchos bautismos en el año. En verdad quedamos de segundos en el area, el año pasado. Pero no ganamos mucho en asistencia a las reuniones de los domingos y los miércoles por la noche. Estamos creciendo en número, pero no en compromiso."

"Diste en el clavo," exclamó. "Ocurre lo mismo

aquí y es realmente frustrante.”

Camino de regreso a Pensacola, podía ver que Vaugh, aunque era el prototipo del pastor bautista sumamente exitoso, estaba tan frustrado como yo. Parecía que la vida de un pastor bautista era un presión constante de apuntar a metas cada vez más altas. El éxito no se medía más que en números.

Y si los números dejaban de subir, otra clase diferente de problemas se presentaba. Una vez, la asistencia de mi iglesia bajó un poco, como veinticinco durante varias semanas.

“¿Crees que podrías necesitar un voto de confianza?” Sugirió irritado uno de los diáconos, después de ver los números.

La pregunta me dolió. Todo lo que hacían, sugerencias como esas, era aumentar la presión que ya estaba sintiendo. Algo hacía falta. ¿Qué? No lo sabía.

Un avivamiento pentecostal

Más y más me di a la tarea de buscar algún indicio en la Biblia y en otros libros inspiracionales. En el primer capítulo de los Hechos, noté que los creyentes se reunían continuamente para orar después de la ascensión del Señor. En el segundo capítulo, todos fueron investidos por el Espíritu Santo con poder para servir. Me extrañó no haber notado nunca antes lo que sucedió a los discípulos después de eso. Fueron transformados. Pedro, por ejemplo, que había negado al Señor tres veces, predicó un sermón y tres mil fueron salvos.

En mi lectura y estudio continuos, leí algo de Armin Gesswein, un ministro luterano de Los Angeles, que había participado en el avivamiento de 1937 en Noruega. El había dicho a un evangelista hasta entonces desconocido de nombre

“Cada vez que Dios va hacer cualquier clase de obra, él siempre comienza por la oración.”

Billy Graham: “Cada vez que Dios va hacer cualquier clase de obra, él siempre comienza por la oración.”

El resto es historia en el evangelismo. Usando cuadrillas de oración durante sus cruzadas, Billy Graham se ha convertido en el más sobresaliente predicador del evangelio en el mundo.

Las palabras de Gesswein me pusieron a pensar. Yo había estudiado en el seminario los ministerios de Juan Wesley, Jorge Whitefield, Carlos Finney y Dwight L. Moody. Todos se habían basado en la oración.

Era lo que necesitábamos en mi iglesia. Comenzamos con unos pocos hombres una reunión de oración, los sábados por la noche, que llamé “La hora de poder”.

Durante meses, estos hombres y yo nos reunimos en la iglesia para orar que Dios enviara un avivamiento en la vidas de la gente, algo que cambiara sus vidas para Cristo; cualquier cosa que los comprometiera con el Señor.

“Lo que necesitamos es un derramamiento del Espíritu Santo como el que tuvieron los primeros metodistas... quizás hasta un avivamiento pentecostal,” les decía a los hombres.

Creo que ninguno de nosotros sabía lo que era un avivamiento pentecostal. Sólo creíamos que nos ayudaría. Pensaba que no podría seguir si Dios no intervenía de alguna manera...o

NOTA DEL EDITOR

El Señor contestó poderosamente las oraciones de Ken Sumrall, bautizándolo en el Espíritu Santo. No obstante, Ken tuvo que pagar el “costo de Pentecostés,” pues la iglesia no aceptó su experiencia, haciendo que él renunciara como su pastor. Pero el Señor lo llevó a establecer una pequeña iglesia en un almacén desocupado, en el centro de la zona comercial de Pensacola, en 1964. Liberty Church, como se llamó después, tiene una asistencia de 2.500 personas y congregaciones en todo el mundo. En 1966, Liberty Christian College abrió sus puertas. La pequeña iglesia, nacida en tiempos difíciles, toca ahora el mundo mediante la enseñanza bíblica y su alcance misionero. Si desea más información sobre Liberty Christian College, escriba al Dr. Bob Thomas, P.O. Box 3138, Pensacola, Florida 32516.

Usado con permiso del libro *From Glory to Glory* (De gloria en gloria), por Ken Sumrall y Robert Paul Lamb, Souls Books, 1980.



Esta batalla no es tuya

Por Hugo M. Zelaya

¿Qué hacer cuando la fuerza del enemigo es superior?

Hay un tipo de predicación que hace creer a la gente que cuando una persona se convierte a Jesucristo, todos sus problemas desaparecen de inmediato porque nada, ni nadie, puede tocar a un hijo de Dios. Por supuesto que los que ya hemos andado un tiempo en este camino, nos hemos dado cuenta de que esa declaración no es totalmente cierta.

Las dificultades y la adversidad son parte inevitable de la vida. El que vive en la realidad, lo acepta así. El que esconde la cabeza en la arena, como el avestruz, sólo logra cambiar la posición de los golpes. Fuerzas negativas y positivas mantienen el equilibrio de este universo. Dios es soberano sobre ambas y usa a las dos para lograr su propósito (vea Romanos 8.28). Por su parte, Satanás no descansa en su intento de sacarnos fuera del equilibrio en que Dios mantiene lo "bueno" y lo "malo" que viene a nosotros en el curso normal de nuestra existencia. Lo que Dios envía para nuestro bien, el adversario lo usa para nuestra destrucción. Jesús lo resumió de la siguiente manera: "El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10.10).

El que tenga bien claros estos puntos cardinales, habrá ganado más que comprensión filosófica. Pablo dice que es "más que vencedor" (Romanos

8.37). En la persona de Jesús, tenemos todo lo que necesitamos para vivir triunfalmente en medio de la lucha y la contienda hasta el día de la victoria final, cuando el diablo sea arrojado para siempre al lago de fuego (Apocalipsis 20.10).

En la Biblia hay muchos ejemplos de hombres y mujeres que ganaron grandes victorias frente a fuerzas superiores. Uno de ellos fue el rey Josafat.

Cuando el peligro acecha

Josafat fue un rey bueno de Judá. Cometió algunos errores de juicio, como su alianza con Acab, rey de Israel, notoria por su casamiento con la impía Jezabel. Pero la Escritura dice que Dios estaba con él "porque anduvo en los primeros caminos de David su padre, y no buscó a los baales" (2 Crónicas 17.3).

Su historia comienza en el capítulo veinte de Segunda Crónicas. Tres ejércitos venían a pelear contra Josafat. Era una gran multitud y no era posible que el rey pudiera hacerles frente con las armas que tenía. En una ocasión anterior, él y dos reyes más habían salido contra otro rey sin consultar a Dios, confiados en su fuerza superior, y Dios les enseñó una lección cuando se les acabó el agua (vea 2 Reyes 3). Ahora los papeles se habían invertido. El versículo tres dice que Josafat tuvo miedo. El miedo es una reacción natural ante un peligro real o imaginario. Es la primera sensación ante una amenaza inminente. Alguien ha

explicado bien que el valor no es la ausencia del miedo, sino más bien su dominio.

Al diablo le gusta intimidar al pueblo de Dios con un despliegue de su fuerza. La idea es hacerlo perder su confianza en Dios, para que caiga en la desesperación y se deje dominar sin presentarle resistencia. Josafat nos enseña la manera de hacerle frente a una situación imposible de vencer con la fuerza que tenemos.

Primero, no permitió que el miedo lo dominara. No dijo brabuconadas insensatas para darse un falso valor, ni hizo "confesiones positivas" para ver si se iba la amenaza. Hizo lo que todo hijo de Dios tiene el derecho de hacer: se acercó al Señor para buscar su ayuda. En segundo lugar, este rey supo medir la necesidad y actuó de acuerdo a ella en su búsqueda de Dios. El ejército de Israel estaba ante un peligro real muy grande, y la ayuda que necesitaban tenía que ser muy grande. Por lo tanto, la manera de buscarla tenía que ser muy grande también. Josafat proclamó un ayuno nacional.

Quizás una de las tragedias más grandes que sufre el pueblo cristiano es que no se da cuenta de la magnitud de la lucha en que se encuentra y, cuando la llega a notar, no toma las medidas adecuadas para hacerle frente. Josafat sabía que todo estaba perdido si Dios no lo ayudaba; entonces se dispuso a buscar a Dios y proclamó ayuno en *todo* Judá (v.3). Con ello dio a entender a Dios que él sabía lo desesperada que era la situación. El versículo cuatro dice que "todas las ciudades de Judá vinieron para buscar al Señor." ¡Qué vista más preciosa debió ser aquella! Una nación entera, con su rey a la vanguardia, humillándose delante de Dios.

En tercer lugar, Josafat oró de acuerdo a la Palabra de Dios.

Entonces Josafat se puso en pie en la asamblea de Judá y de Jerusalén, en la casa de Jehová, delante del atrio nuevo; y dijo: Jehová Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en los cielos, y tienes dominio sobre todos los reinos de las naciones? ¿No está en tu mano tal fuerza y poder, que no hay quien te resista? ...Ahora, pues, he aquí los hijos de Amón y de Moab, y los del monte de Seir, a cuya tierra no quisiste que pasase Israel cuando venía de la tierra de Egipto, sino que se apartase de ellos, y no los destruyese; he aquí ellos nos dan el pago viniendo a arrojarnos de la heredad que tú nos diste en

posesión. ¡Oh Dios nuestro! ¿no los juzgarás tú? Porque en nosotros no hay fuerza contra tan grande multitud que viene contra vosotros; no sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos (2 Crónicas 20.5,6,10-12).



Josafat dio reconocimiento al Dios soberano del cielo y de la tierra. Sin reclamos de ninguna naturaleza, recordó que Dios es poderoso, que está por nosotros y en contra de nuestros enemigos. Es interesante que Rahab hizo

la misma confesión en el capítulo dos de Josué, versículo once: "Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra." Y a pesar de haber sido hasta entonces una mujer de mala vida y de pertenecer a una nación que iba a ser destruida por Dios, su confesión le salvó la vida y la llevó a formar parte del pueblo escogido.

Una ramera y un rey en medio de situaciones imposibles confiesan lo mismo y ambos reciben la salvación. También será la nuestra si recordamos quién es Dios y lo que ha hablado respecto a nosotros. Dios nunca está a la defensiva. Si existe algún problema es el nuestro, porque no vemos que él es soberano sobre todos los hombres; se llamen estos cristianos o no. El también domina sobre toda circunstancia y adversidad. No hay nada que él no sepa, permita o impida, si lo quiere. Todo sucede "conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad" (Efesios 1.11).

Además, debemos recordar en tiempos duros que las promesas que Dios hizo a nuestros antepasados en la fe nos alcanzan a nosotros también. Josafat recordó las promesas que Dios hizo a su amigo Abraham y a su descendencia. Pablo dice que "la promesa sea firme para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros" (Romanos 4.16). Hay promesas que Dios hizo a Jesús, a los apóstoles, a Pablo, a nuestros antepasados en la fe, que nos afectan a nosotros hoy.

Estas promesas tienen que ver con una herencia muy real, y el enemigo quiere arrojarnos de allí. Hay herencias que Dios nos ha dado como hijos suyos. La Biblia habla de recibir el reino de los cielos (Mateo 5.3); la tierra por heredad (Mateo 5.5); heredar la vida eterna (Mateo 19.29); las promesas (Hebreos 6.12); la bendición (1 Pedro 3.9); todas las cosas (Apocalipsis 21.7); y que con

Cristo nos ha concedido todo lo que necesitamos (Romanos 8.32).

De manera que no queda nada para el diablo y los que están con él. Si ellos quieren algo, tendrán que robarlo. Lo que tienen los impíos no les pertenece. Todo es de Dios y de sus hijos, por heredad.

La respuesta de Dios

Toda la nación, hombres, mujeres y niños, estaba delante de Dios, esperando la respuesta a sus oraciones. ¡Qué tremendo! Hay otra lección aquí.

¿Cuántas veces hemos venido delante de Dios en tiempos de necesidad y le hemos expuesto nuestro corazón, sólo para irnos de su presencia sin esperar respuesta? Quizás no nos hemos dado cuenta de que al orar hemos hecho apenas la mitad. La otra mitad es esperar la respuesta de Dios. Él siempre nos oye y está pronto para mostrarnos su voluntad y su propósito, y para darnos instrucciones si entendemos que debemos esperar.

La respuesta de Dios viene por el Espíritu. Primero el Espíritu, después la Palabra. La narración en Segunda Crónicas veinte dice que "el Espíritu del Señor vino en medio de la reunión... y dijo..." (vs. 14,15).

Note varios aspectos de suma importancia, aquí. Primero, que buscamos a Dios no porque él se nos haya escondido, sino porque nosotros no estamos en condiciones de recibir su revelación. Segundo, en la búsqueda de Dios hay un tiempo de espera. El tiempo de espera es hasta que venga el Espíritu del Señor. Cuando él viene se acabó la espera. Si él no viene, sigue la espera. "¿Hasta cuándo tengo que esperar?" preguntan algunos. Hasta que el Espíritu venga. Jesús dijo a sus discípulos que esperaran en Jerusalén *hasta* que recibieran la promesa del Padre, el Espíritu Santo. Los discípulos estuvieron aguardando diez días y el Espíritu vino. Muchos de nosotros somos muy impacientes y queremos que Dios responda en cuanto decimos amén, pero Dios tiene un horario que cumple sin atrasos ni adelantos.

Tercero, el Espíritu viene a cambiar nuestra manera natural de pensar y de sentir. "No temáis, ni os acobardéis delante de esta gran multitud," dijo el Espíritu (v.15). La palabra creativa de Dios venía a producir lo que hacía falta en el corazón del rey y de Judá. Dios no actúa de acuerdo a nuestros sentimientos. Él actúa de acuerdo a nuestra fe. Primero envía al Espíritu para hacernos sentir como él y luego nos da su palabra para que

obre fe en nosotros. Cuando estamos bajo la unción del Espíritu, decimos y hacemos cosas difíciles de creer.



Recuerdo hace muchos años que un reducido grupo de hermanos estábamos orando, alabando y adorando al Señor, y el Espíritu vino sobre uno de ellos y comenzó a profetizar algo como: "Así dice el Señor, yo tomaré a algunos de ustedes y los llevaré a tierras lejanas, y de aquí saldrá mi palabra a todos los confines de la tierra". Todos nos

gozamos y dijimos amén, bajo la unción. Cuando terminamos de orar y nos íbamos cada uno a nuestra casa, mi naturaleza carnal se puso a analizar la profecía y ya no me parecía tan posible. Uno de los hermanos era un mecánico, otro venía de un pueblecito insignificante, que nunca se había aventurado más allá de cien kilómetros a la redonda. Yo, menos que cualquiera, me podía ver en el cumplimiento de esa profecía. El pastor parecía ser el único capaz de lograrlo (es común esperar que el pastor haga todo).

Pero cada vez que el Espíritu venía, me recordaba la profecía. Hasta que un día me vi con mi esposa y dos niños en un microbús Volkswagen, cargado con todo lo que podía acomodar, rumbo a Costa Rica, al campo misionero. Otro de los hermanos salió poco después para Nueva Zelanda y el hermano que nunca había salido, comenzó a hacer viajes para ministrar en muchos lugares. "New Wine" se estableció en la ciudad donde vino la profecía, Vino Nuevo inició su publicación y la Palabra de Dios salió de ese lugar a todos los confines de la tierra, como Dios lo había dicho. El poder y la capacitación de Dios vienen con el Espíritu. Por lo tanto, debemos ser sensitivos para oír lo que él tiene que decir.

La Batalla es de Dios

La primera parte del mensaje de Dios tenía como objetivo calmar los temores de Judá y Josafat. Dios detesta la cobardía; no es parte de su herencia para su pueblo. El lugar de los cobardes es finalmente "el lago que arde con fuego y azufre" (Apocalipsis 21.8). El cobarde se ha dejado dominar por el miedo. Ya no es Dios el que está tomando el control de su vida. Un sentimiento más fuerte que su amor a él ha venido a desplazarlo. En el tiempo crítico, cuando Dios le ordenara una acción decidida y resuelta, el cobarde se echaría atrás y pondría en peligro a sus hermanos, o los

contagiaría con su miedo. Por eso las reglas de guerra de Israel rechazaban a los cobardes en el ejército (vea Deuteronomio 20.8).

La segunda parte del mensaje decía que no tenían que pelear en esta batalla, porque no era de ellos, sino de Dios (2 Crónicas 20.15,17). Parece haber en las Escrituras un principio que Dios espera que sus hijos ejerzan su fuerza y autoridad contra el enemigo. Hay batallas que son claramente nuestras. Podemos esperar la ayuda de Dios en ellas; esta viene generalmente en la forma de una capacitación para la lucha que debemos pelear nosotros mismos. Todos sabemos algo sobre la autoridad del creyente. Dios nos ha dado poder en el nombre y la sangre de Jesús para vencer al enemigo. Pero hay contiendas en las que Dios interviene directamente y en las que nos ordena que nos quedemos quietos. Dios se basta a sí mismo. En realidad, no hay nada más terrible que Dios tome la ofensiva; cuando viste su traje de guerra y toma el asunto en sus manos. Los diablos tiemblan ante Dios, el fuerte y valiente guerrero.

Lo que hicieron Josafat y Judá, inmediatamente, es lo que Dios espera de nosotros. Cuando oyeron la Palabra, el rey y todo el pueblo se postraron delante del Señor y lo adoraron (v. 18). La adoración es la respuesta adecuada de un corazón confiado. La persona miedosa no puede adorar a Dios. El miedo se lo impide. La primera batalla que tenemos que ganar es adentro de nosotros. Tenemos que vencer el miedo y sabremos que lo hemos dominado cuando nos postramos delante del Señor para adorarlo.

Ahí no terminó toda la participación del rey y el pueblo. Josafat exhortó al pueblo a confiar en Dios y en sus profetas. Designó cantores, alabadores y dadores de gracias que fueran delante del ejército para salir al encuentro del enemigo. El orden de posición y la acción que tomaron son muy significativos; revelan la plena confianza de este hombre en la palabra de Dios. Es fácil oír lo que Dios va hacer y poner nuestra fuerza delante, "por si acaso" no resulta como él dijo. También es fácil alabar a Dios "después" de la victoria, pero, ¿y antes? Sólo es posible con un corazón lleno de amor y de la presencia del Señor. La alabanza y la adoración constituyen una señal de que le creemos.

La recompensa

La estrategia de Dios es mejor que la nuestra. Dios puso en el ánimo de Josafat lo que debía hacer. Su sensibilidad al oírlo y obedecerlo produjo la victoria que se describe en los

versículos veintidós y veintitrés. "Y cuando comenzaron a entonar cantos de alabanza, Jehová puso las emboscadas... cada cual ayudó a la destrucción de su compañero." Dios pudo haber enviado a uno de sus ángeles y el resultado hubiera sido el mismo. Pero en esta ocasión lo hizo en esta forma para enseñarnos la importancia de confiar en él cuando el enemigo parece que va a salirse con la suya. En ese momento el quid del asunto es a quién vamos a creer. ¿Al enemigo con sus amenazas? ¿A las circunstancias con su realidad? ¿O a Dios y su palabra? ¿Qué vamos a permitir que nos domine? ¿El miedo a perecer o el amor de Dios que echa fuera el temor? De nuestra reacción dependen las consecuencias.

Dios ganó una gran victoria para Josafat y Judá. El botín de guerra era tan grande que el pueblo duró tres días en recogerlo y no se pudo llevar todo. Sus enemigos habían venido para robarles su heredad y Dios se los impidió, los destruyó, y recompensó a su pueblo, porque habían puesto su confianza en él. No sólo no perdieron nada, sino que terminaron con más de los que tenían cuando comenzaron. Dios tiene maneras de volver las intenciones de Satanás para beneficio nuestro. Lo que iba a ser el valle de la destrucción, para el pueblo de Dios, se convirtió en el Valle de Beraca, el valle de la bendición. Dios tuvo (y siempre tendrá) la última palabra.

Josafat no se olvidó de Dios después de la victoria. Lo alabó por lo que iba hacer y lo alabó cuando lo hizo. El y el pueblo regresaron a Jerusalén y entraron alegres y triunfantes en la casa del Señor. Debiera ser la única manera de entrar en su casa. Dios había cambiado su lamento en gozo. El terror de Dios cayó sobre todos los pueblos vecinos y el rey con su pueblo vivieron en paz.

¿Qué de usted mismo en esta hora? ¿Qué tipo de lucha lo enfrenta? ¿Está rodeado por un enemigo más fuerte que usted? ¿Está a punto de ser dominado por el temor de perecer? Recuerde la lección de Josafat. Océpese de su miedo buscando a Dios desde el principio. No vea sólo la multitud. No enfoque sólo el problema; se hará más grande cuanto más lo analice. Tome el consejo de Dios y obedezca su iniciativa, aunque le parezca sin lógica ni sentido. Lo que se muestra como irracional es, precisamente, lo que va a confundir al enemigo y le dará a usted la victoria. Sobre todo, aprenda a alabar y adorar a Dios en todo momento. Y recuerde: ¡Quizás esta batalla no es suya sino del Señor! ○



Entrevista

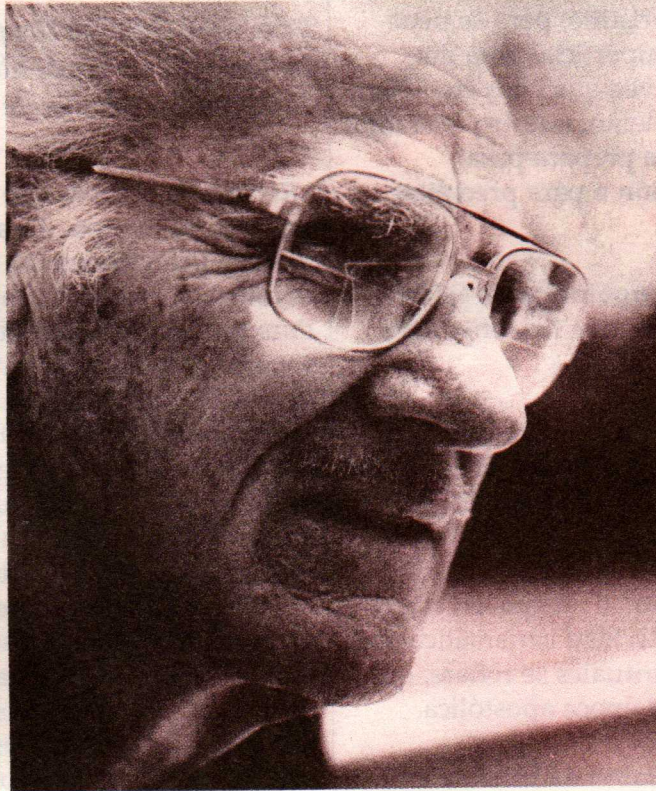
Venga tu reino

Entrevista con Ern Baxter

La entrevista de este mes es nuevamente con el hermano Ern Baxter, uno de los más sobresalientes maestros de la Biblia de este siglo. Ern ha viajado durante más de cincuenta y cinco años por todo el mundo, exhortando y animando a miles, y ganando a muchos para

Cristo. Ha estado asociado con los más poderosos movimientos del Espíritu Santo, incluyendo un período de siete años con el evangelista de la sanidad, William Branham, con quien ministraba a multitudes de hasta 200,000 personas.

Ern también pastoreó una de las iglesias más grandes del oeste de Canadá, en la ciudad de Vancouver. Actualmente encabeza la Compañía de distribución Timoteo, que tiene como énfasis especial el entrenamiento de jóvenes para el ministerio. En esta entrevista sostenida recientemente con Charles Simpson, Ern ofrece un comentario profundo sobre el movimiento carismático con el que ha convivido desde su comienzo.



Charles Simpson: Sé que entraste en el movimiento carismático con una gran experiencia en el Señor. ¿Cuáles fueron tus impresiones iniciales?

Ern Baxter: Cuando me separé de William Branham, estaba bien cansado. Había estado pastoreando una iglesia grande y

viajando a la vez. Después de siete años de andar con él, decidí regresar a Vancouver y dedicarme a ser un pastor bueno y tranquilo, sin meterme en tantas actividades; y lo estaba haciendo bastante bien.

Fue entonces que comenzó la visitación carismática y me vi atraído por ella. Una de las características del movimiento que más me estimulaba es que, inmediatamente después de su inicio, se extendió por todas las denominaciones.

Duele decirlo, pero cuando uno repasa la historia de la Iglesia, muchas de las grandes visitaciones que vinieron a través de los siglos, se desequilibraron. Si fuésemos objetivos, convendríamos en que esto fue lo

que sucedió en el pentecostalismo de primera línea, en el movimiento avivamentista, en el movimiento de la lluvia tardía, en el movimiento de la sanidad —y hasta en el movimiento carismático. Un estudio retrospectivo de ellos revela que fueron grandes en su estado prístino, pero se tiene que ser muy miope o superficial para no darse cuenta que cada vez que Dios envía una visitación y un avivamiento, nuestro enemigo, su majestad satánica, se prepara para producir una falsificación o para precipitar problemas.

CS: ¿Cómo es que los movimientos calzan en el plan de Dios? ¿Por qué los tenemos y para qué son?

EB: Un movimiento viene para enfatizar un aspecto que se ha descuidado. A principios de siglo, cuando comenzó el pentecostalismo clásico, se hizo un énfasis muy fuerte en el Espíritu Santo, a quien la mayor parte de la iglesia había descuidado. Creo que en este siglo ha habido más actividad carismática, en cuanto a los dones espirituales se refiere, que nunca antes, salvo en la época apostólica.

CS: A menudo una palabra da inicio a un movimiento. ¿Cuál es la palabra que oyes ahora, y qué ves que sucede?

EB: *Pentecostal, sanidad, lluvia tardía, carismático*, son palabras que han sido centros de gravedad en los movimientos. Me complace decir que también soy parte de otros centros de gravedad como son las palabras *pacto, discipulado y pastoreo*.

Creo que el centro de gravedad ahora mismo es *reino*. Cuando se llega a mi edad, uno se da cuenta de que toda la excitación positiva que se siente respecto a una palabra, no es necesariamente compartida por los demás. Pues bien, yo no soy tan ingenuo como para creer que *el reino* va a salir ileso en este nuevo énfasis. Pienso que si somos maduros

respecto a la palabra con la que Dios cautiva nuestra atención, debemos estar listos para aceptar, no sólo la sensación agradable de la unción, sino también la censura de la oposición.

Debemos estar listos para aceptar, no sólo la sensación agradable de la unción, sino también la censura de la oposición.

Reino es la palabra que ha estado presente por mucho tiempo. Desafortunadamente, ha ganado prominencia en grupos que no mantienen una posición doctrinal ortodoxa. Para mi beneficio personal, he usado un sinónimo de *reino* que me ha evitado tener que vadear por entre todas esas distracciones. La palabra es *gobierno*. El reino de Dios es el gobierno de Dios. ¡La iglesia lo ha pedido por dos mil años! "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad."

La segunda cláusula define a la primera. "Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo" define a "Venga tu reino". Es muy significativo que el énfasis sobre el reino venga hacia el final de este siglo, cuando el Espíritu Santo ha estado más activo.

Ha habido una buena dosis de permisivismo en muchos movimientos. Gran cantidad de carismáticos no están interesados en el gobierno. Les gusta andar sueltos, sin restricciones. Ahora que viene el gobierno, y en un molde diferente, veo que Dios advierte con insistencia que no dará su Espíritu Santo a quienes quieran jugar con él.

Dios desea que haya gobierno. Lo quiere primero en la comunidad de redimidos. El quiere que la Iglesia se purifique. Que ellos se descubran uno al otro en la *koinonía* de su intención. Que acepten el liderazgo divinamente ordenado y las relaciones responsables, donde nadie se vaya indispuesto o resentido cada vez que algo suceda —donde tengamos que preservar la

unidad del Espíritu.

Pienso que Dios se está poniendo un poco impaciente y está diciendo ahora: "Los he bendecido y les he dado una dimensión carismática. Ustedes han jugado con ella, la han usado, y han hecho una fortuna con ella, en algunos casos. Quiero que entiendan que les di esa dinámica para que se ajusten al molde de mi gobierno."

CS: Oigo a muchos que sienten que tienen que elegir entre "el reino ahora" y "el reino más tarde". ¿Cuál es tu comentario?

EB: Siento que dejarlo para más tarde sólo nos roba su presencia. Yo diría que un gran sector del cristianismo evangélico ve el reino sólo en el futuro. Eso elimina todas las Escrituras que dicen categóricamente que el reino es ahora. Pero decir que el reino es sólo ahora y que no va a tener una forma final que es eterna, es quitarnos la esperanza de ver su realización perfecta.

Veo el reino incompleto hasta que el último enemigo sea derrotado; y la derrota del último enemigo coincide con la venida del Señor. De manera que su venida es absolutamente esencial para la realización del reino.

CS: ¿Hacia dónde crees que se encamina el Cuerpo de Cristo?

EB: Desde muy temprano en mi vida, supe que había un "golpe maestro satánico" que había sido usado efectivamente en la Iglesia, a través de los siglos: la separación de la Palabra y el Espíritu; que la gente involucrada en la "dimensión carismática" se inclinaba a restarle valor a la Palabra escrita. Eran muy subjetivos: "El Señor me dijo," o "tuve una visión," o "se me pusieron los pelos de punta" —que bien pudo suceder, pero que no es la norma.

Luego está el "sector de la Palabra," donde la gente la conoce de adentro hacia afuera. Son gigantes teológicos, y así por el estilo.

Pero les falta la dinámica del Espíritu. Y me parece que cuando estos dos se lleguen a juntar algún día, habrá una explosión como nunca antes se ha visto.

La Palabra sin el Espíritu es como un cerebro sin vida. El Espíritu sin la Palabra es como vida sin cerebro. Y si entierra a una encierra al otro. Ahora, si juntamos a los dos... ¡y está sucediendo... y lo estoy disfrutando... y sé que usted también! Nosotros los carismáticos, estamos dialogando provechosamente con los evangélicos históricos, quienes ya no nos ven como una especie extraña. O

CONQUISTA[®]

CRISTIANA CAPACITANDO
PARA LA ACCIÓN!!!

Vol. 1, No. 9 noviembre/diciembre 1988

Director: Hugo M. Zelaya

Editor: Noé Martínez

Administrador: Guyon H. Massey

CONQUISTA CRISTIANA

es publicada bimestralmente por el
Centro Para Desarrollo Cristiano,
Teléfono: 36-50-80
Apartado 5551,
1000 San José, Costa Rica.

Nuestros lectores en U.S.A. pueden escribir a:

CONQUISTA CRISTIANA

P.O. Box Z
Mobile, Alabama 36616

© Copyright 1988

Derechos Reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial
sin el permiso de los editores.

Los puntos de vista expresados en CONQUISTACRISTIANA representan la opinión de sus escritores y no necesariamente de los editores o directores. El material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja. Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente. A menos que se indique de otra manera, las citas corresponden a la revisión de 1960 de la Versión Reina Valera. Impresa en Costa Rica por Litografía Costa Rica, S.A.

¡Una gran herramienta para su ministerio!

Suscríbase hoy mismo
envíe \$10
(Contribución para 1 año)

Escriba a la dirección más cercana:

Orville E. Swindol
Casilla de Correo 2988
Buenos Aires (1000), Argentina

Cristian Romo
Casilla 657—Fono 23853
Maipú 340—Concepción, Chile

Santos Leopoldo Luna
Apartado 20
Tegucigalpa, Honduras

Andrés A. Montoya M.
Apartado Aéreo 8200
Bogotá, Colombia

Manuel García Lafuente
c/ Luis de Hoyos Sainz
86—6º A, Madrid 30, España

Roberto Haralson
Apartado 259
Uruapan, Michoacán
60.000 México

José A. Wojnarowicz
Santa Lucía 4224
Montevideo, Uruguay

CONQUISTA®

CRISTIANA CAPACITANDO
PARA LA ACCION!

CENTRO PARA DESARROLLO CRISTIANO

Teléfono 36-50-80

Apartado 5551

1000 San José, Costa Rica



Porte pagado
Permiso No.7